traste con otras corrientes: nominalismo y escotismo (20). De ahí que sería inusta esa pretendida dicotomía que quiere escindir al hombre humanista en “medieval” y “del Renacimiento”. Por lo que tampoco es legítimo afirmar que los tiempos renacidos eran inmanentes, mientras los medievales seguirían abocados irremediabilmente hacia una trascendencia (21).

La Escolástica nueva, entonces, donde tenemos que enmarcar la figura de Antonio Rubio, no debe continuar apareciendo como el movimiento filosófico que se opone diametralmente a la tradición cristiana y escolástica anterior. Es un modo de hacer filosofía coyuntural, como tantos, con sus objetos propios, claro es, como la doctrina de las distinciones, de los universales, de la analogía del ser, de la esencia y de la existencia, de la materia y forma, etc.; pero también un modo de filosofar que imperaba, floreciente además, y sobre todo cuando fue superado el atractivo de los nominalistas (venido de París), en las principales universidades como Salamanca, Alcalá y Coimbra (22). Aparte, también, de que lo más logrado en el Renacimiento español en cuanto a filosofía no deba llamarse estrictamente escolástico.

Y, si queremos perfilar más todavía el ambiente en que se mueve nuestro filósofo rodense, tenemos que advertir que la filosofía hispanoamericana del momento, a la que él contribuyó sobremanera, resulta, como es de rigor, nada más que una trasposición al nuevo continente de la filosofía europea.

Estas son, pues, las coordenadas históricas para situar al P. Rubio en la línea del pensamiento español, de Europa y renacentista. Y, para mejor entender su filosofía, como vamos a intentar en el apartado siguiente, bueno será recordar que en la Escolástica hay un evidente receptivismo y una cierta repetición, pero también que nunca será un defecto haber reinterpretado a Platón y Aristóteles. Pues interpretar al mundo no es sólo comprender el repertorio de la creación inerte; también es mundo el catálogo de ideas y de creencias en que se instala cada época: la filosofía de cada época tiene que mirar en derredor suyo. Y, para el hombre que filosofa en aquel entonces, nada hay tan urgente como resolver las cuestiones de su fe.

Como prueba de la vigencia que este pensamiento ha tenido, el de antes de entrar a la época racionalista, conviene percatarse de que el Dios de Descartes o de Berkeley no es el de Aristóteles sino el de Santo Tomás. Pues en el Racionalismo es palpable la tradición medieval y renacentista; y, con las debidas correcciones, los problemas son sustancialmente los mismos de la filosofía antigua.

(20) FUERTES, J. L.: Op. Cit., p. 21.

(21) ABBAGNANO, N.: **Historia de Filosofía**. Barcelona, Montaner y Simón, 1.973, Vol. II, p. 10.

(22) HIRSCHBERGER, J.: **Historia de la Filosofía**. Barcelona, Herder, 1.954, pp. 409-20 (Vol. II).